

Un paseo por la
casa natal
del padre de



Platero y Yo

Conchi Jiménez Fernández



UN EQUIPO DE NUESTRA REVISTA SE ACERCA A SUS RECUERDOS Y A SU BIBLIOTECA PERSONAL EN MOGUER

En este año 2006 el poeta Juan Ramón Jiménez habría cumplido 125 años y, además, celebraría el 50 aniversario de su Premio Nobel de Literatura. Razones más que suficientes para que, viajando por tierras onubenses, nos acercásemos a Moguer, su pueblo natal, y así conocer un poco más de cerca al autor de Platero y yo.



Moguer, situado a orillas del río Tinto y a tan sólo 19 km de Huelva capital, es también una de las localidades de visita obligada para aquellos que se aventuran a realizar la Ruta del Descubrimiento o Ruta Colombina. De allí eran algunos marinos, armadores y pilotos que partieron junto a Cristóbal Colón, hace más de 500 años, rumbo a lo desconocido. Incluso fue en Moguer, en sus astilleros, donde se construyó la Niña, una de las carabelas que llegaron al Nuevo Mundo.

Entrar en el pueblo es comprobar cómo Juan Ramón tenía razón cuando decía aquello de que “Moguer es igual que un pan de trigo, blanco por dentro, como el migajón, y dorado en torno —¡oh sol moreno!— como la blanda corteza”. Y es que en sus calles de adoquines se levantan casas con fachadas blancas, encaladas al más puro estilo andaluz y dejando pasar ese sol que caracteriza a esta tierra.

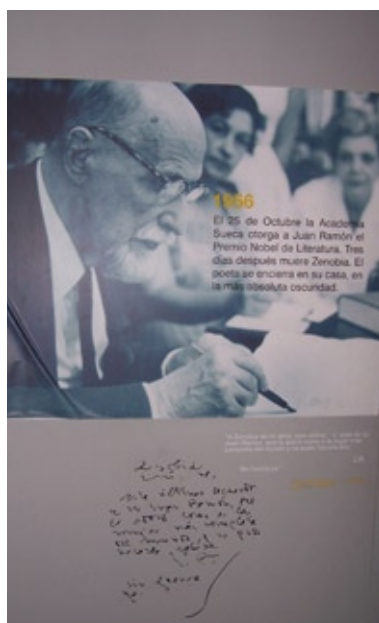
Pronto nos dimos cuenta de que la figura de Juan Ramón está omnipresente en las calles de Moguer. En cada rincón podíamos encontrar azulejos con citas sobre lugares, gentes, formas de vida y costumbres de las que el poeta hablaba a Platero. De esta forma es di-

fícil que en cualquier viajero no surja la curiosidad por saber dónde vivió el Premio Nobel.

Preguntamos a algún moguerense por los lugares de Juan Ramón. Nos dijeron que su Casa Museo, donde vivió, estaba en restauración y nos indicaron la dirección de la casa donde nació, en la calle de la Ribera, n.º 2.

Cuando llegamos a esta calle pudimos contemplar un edificio amarillo pastel de dos plantas, con un zócalo de color rojo almagra, con amplios balcones y ventanas enrejadas. Esta casa hace esquina con la calle Zenobia Camprubí, cómo no, el apoyo, el pilar, la guía, el estímulo y el aliento de Juan Ramón, su esposa y leal amiga “a quién él le debía su gloria”.

Trasparamos la gran puerta blanca de entrada a la casa y llegamos al zaguán. Allí nos topamos con una cancela de hierro forjado que nos permitía entrever al fondo un gran patio con un pozo en el centro. Rápidamente una chica salió a nuestro encuentro para hacer de guía en la visita. Nos explicaba que aquella casa nada tenía que ver con la que vio nacer al poeta ya que posteriormente llegó a ser un cuartel de la Guardia Civil y fue totalmente reestructurada para



Pronto nos dimos cuenta de que la figura de Juan Ramón está omnipresente en las calles de Moguer.



que allí pudieran vivir varias familias. Pero aun así, con esta advertencia, nosotros preferimos hacer oídos sordos a estas palabras e imaginarnos que aquellos suelos y aquellas habitaciones eran las que había pisado Juan Ramón, pues todo estaba lleno de sus objetos personales.

Justo a la entrada, a la derecha, vimos a Platero, una estatua de bronce, negro, que en nada se parecía a aquel burro pequeño, peludo, suave y blando que todos imaginamos. No se podía tocar, nos decía la guía, porque alguna vez un impaciente admirador se subió en él rompiéndole una pata.

A la izquierda había una vitrina con libros. Muchos son los que conservaba Juan Ramón con dedicatorias de sus

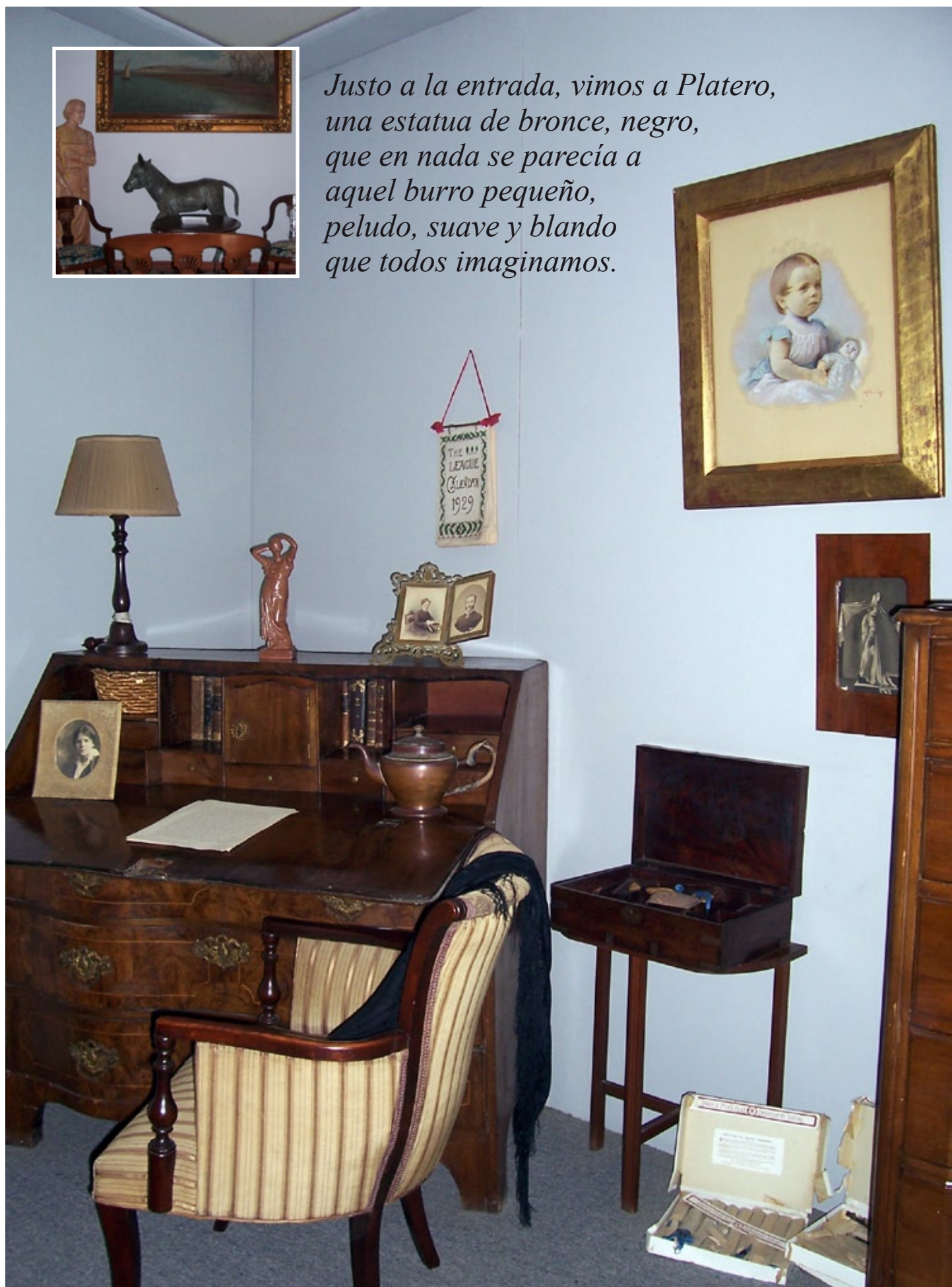
autores: Machado, Azaña, Cernuda, Lorca, Gerardo Diego, Alejandro Casona, Gregorio Marañón y otros.

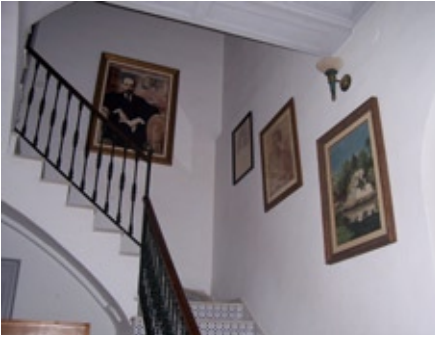
Pasamos a una de las habitaciones donde se guardaban, también en vitrinas, distintas ediciones de *Platero y yo* así como todo tipo de objetos y recuerdos personales de Juan Ramón y Zenobia: certificado de matrimonio, alianzas de boda, cámara de fotos, bolsos de paseo, etc. Forrando las paredes, había grandes paneles que explicaban la biografía del autor más famoso de Moguer. Allí pudimos leer sobre el sabor agridulce de la concesión del Premio Nobel el 25 de octubre de 1956, puesto que tres días después murió de cáncer su fiel esposa Zenobia. El poeta se encierra entonces en su casa, en la más absoluta oscuridad.





Justo a la entrada, vimos a Platero, una estatua de bronce, negro, que en nada se parecía a aquel burro pequeño, peludo, suave y blando que todos imaginamos.





Por una amplia escalera de mármol, con baranda de forja y contrahuellas revestidas de azulejos, se accedía a la parte superior de la casa. A medida que subíamos nos íbamos acercando a un gran retrato de Juan Ramón que presidía esa escalera y que parecía darnos permiso para seguir admirando algunas más de sus pertenencias.

Ya arriba nos encontramos con sus pinturas de juventud (porque también fue pintor nuestro poeta), con su dormitorio de madera oscura, sus ropas colgadas en el armario, sus zapatos, sus fotografías, sus manuscritos, su máquina de escribir colocada en la mesa de escritorio... Daban ganas de tocar las teclas de esa máquina, las que había acariciado el mismísimo Juan Ramón.

Por fin, la última estancia de este piso superior: la biblioteca personal de Juan Ramón Jiménez. Entrar allí, para quienes estamos enamorados de los libros y las bibliotecas, era como pisar un lugar mágico, como notar que el espíritu de

Juan Ramón nos acompañaba durante esa visita. Era una sala de techos altos y vigas de madera. Desde el suelo de losetas se levantaban armarios con puertas de cristal donde se guardan libros y publicaciones periódicas que había ido acumulando el poeta durante parte de su vida. Nos comentaba la guía que en Puerto Rico es donde se encuentra su "otra biblioteca" privada a partir de 1936.

Muchos de esos libros están escritos en varias lenguas y es que Juan Ramón leía en bastantes idiomas porque no se fiaba de las traducciones, aunque nunca habló otro que no fuera el español. Según nuestra amable guía, con las notas manuscritas en los libros de su biblioteca se podría conocer su personalidad y eran, por tanto, una potencial fuente de información valiosísima para psicólogos que investigan sobre Juan Ramón. Una motivación más para desear permanecer encerrado en esa biblioteca, manoseando, leyendo y acariciando el patrimonio bibliográfico del creador de Platero. ■